



la muerte de un presidente

OPERACION FANGO

Jackie Kennedy lo había contado. Ahora no quiere que se publique. Pero todo el mundo habla de ello.

LOS Kennedy y la revista «Look», que ha de publicar a partir del 10 de enero extractos del libro de William Manchester «Muerte de un presidente», se han puesto de acuerdo la semana pasada ante los jueces: se harán los cortes exigidos por los Kennedy. Por su parte, Harper's, la

editorial que ha comprado los derechos, hará lo mismo publicando el libro en abril.

Sin embargo, la revista alemana «Stern» no quitará nada y en Formosa, donde no se reconocen las convenciones internacionales de derechos de autor, un editor prepara una edición que contendrá solamente las partes suprimidas. **SIGUE**



William Manchester, autor del libro «Muerte de un presidente», cuyo anuncio de que va a ser publicado ha provocado una violenta situación polémica entre el escritor y la familia Kennedy.



La foto de la izquierda ha causado sorpresa y repulsa en los Estados Unidos. La viuda de Kennedy aparece en ella con minifalda. Los puritanos han enviado millares de cartas de protesta a los periódicos. Arriba, Robert F. Kennedy y su hermano Edward acompañando a la viuda en el entierro del presidente asesinado.

En los Estados Unidos este asunto ha provocado una crisis política que rebasa el problema de «los derechos morales de una viuda» o el de «las libertades de un escritor». A través de los ataques, violentos o solapados, contra Jacqueline Kennedy «reina en exilio, que prepara la restauración», y Robert Kennedy «el hermano pretendiente», está en juego la carrera hacia la Casa Blanca.

un poseso

El asunto empieza después del asesinato del presidente Kennedy, cuando numerosas autoras quisieron ocuparse del tema. Los Kennedy dijeron: «Debemos escoger un escritor al que concedamos la exclusiva», y buscaron la persona apropiada. Theodor White («Cómo se hace un presidente») declinó el ofrecimiento y los Kennedy confiaron el trabajo a William Manchester. Este periodista había hecho un retrato ditirámico del presidente Kennedy («Retrato de un presidente») y tiene en su haber otras dos buenas biografías y cuatro novelas que lo son menos. Refiriéndose a este encargo, la señora Kennedy le dijo al cronista Jim Bishop: «He comprometido a Manchester para proteger al presidente y a la verdad». Bishop comentó más tarde con sorna: «Los Kennedy "copyrightizan" el asesinato». El 26 de marzo de 1964, Robert Kennedy y William Manchester firmaron un memorándum de once puntos: «Una vez terminado, el manuscrito será revisado por la señora de John F. Kennedy y por Robert

Kennedy; el texto no aparecerá antes de que sea aprobado por ellos; ni antes de cinco años y sin el acuerdo de la señora Kennedy». ¿Cinco años? Es decir 1969. Justamente después de las elecciones presidenciales de 1968. Evidentemente, esta cláusula no fue introducida para permitir que Manchester decantara su erudición.

El aspecto financiero del acuerdo aparece bastante nebuloso. Después de la primera edición del libro, los beneficios deben ir a la fundación Kennedy. De la editorial Harper's, especializada por y sobre los Kennedy, Manchester recibe 50.000 dólares.

Manchester estaba «poseído» por su personaje y trabajó a razón de quince horas diarias. Interrogó a más de 500 testigos, a excepción de Marina Oswald y Lyndon Johnson. El astuto presidente sabe que este periodista si no es el hombre de los Kennedy les es por lo menos fiel. Johnson concedió dos citas a Manchester, pero ambas fueron anuladas. Finalmente, respondió por escrito a algunas preguntas y, algo más tarde, concedió una entrevista a «Newsweek» para refutar ciertas afirmaciones de Manchester.

En abril de 1964, William Manchester, utilizando un magnetofón que funcionaba sin cesar, interrogó a Jacqueline Kennedy dos noches seguidas durante diez horas. Ante la comisión Warren, Jacqueline testimonió diez minutos, mientras que ante Manchester habló «como hablaría a un psicoanalista o a un íntimo amigo». Se sentía protegida por el «acuerdo-memorándum», diría después.

665.000 dólares

A principios de 1965, Manchester, trabajando sin descanso y a toda prisa, terminó el manuscrito. En los salones políticos de Georgetown, se murmuraba contradictoriamente que los Kennedy no acababan de digerir el libro y que no les gustaba. El manuscrito fue sometido a los amigos, entre otros a Richard Goodwin y Arthur Schlesinger, antiguos colaboradores del presidente Kennedy: «Si yo fuese Jacqueline, no dejaría publicar esto». En esa época el libro extrañó al clan Kennedy porque contenía demasiados detalles personales, la mayoría conocidos, pero descritos ahora por vez primera por la señora Kennedy.

Por entonces se hizo más hincapié en «el mal gusto» que en los «errores de juicio» del libro. Al equipo Kennedy no le parecía el texto demasiado exagerado por su anti-johnsonismo y Robert fluctuaba entre la fidelidad y la crítica al presidente. ¿Fue ésta la causa de la miopía del equipo ante el manuscrito? Sin embargo, se pidieron y obtuvieron revisiones. Manchester estaba inquieto y enfermo. Robert Kennedy le envió un telegrama: «Los miembros de la familia Kennedy no opondrán ningún obstáculo a la publicación del libro». Y en junio de 1966 la revista «Look» obtuvo los derechos de prepublicación por 665.000 dólares: un verdadero record.

Las negociaciones fueron frenéticas y los Kennedy no se opusieron a la concepción del libro en su conjunto, es decir, al relato de los cinco días «en torno» al asesinato. «Muerte de un presidente» está en la línea de «El día más largo», pero en este caso el trabajo fue hecho por un hombre



En el vestíbulo del Capitolio estuvo expuesto el cadáver del presidente Kennedy. Millares de personas de todas las clases sociales desfilaron ante el féretro.

OPERACION FANGO



A bordo del avión que trasladó el cadáver del presidente asesinado de Dallas a Washington, prestó juramento Lyndon B. Johnson. La viuda de Kennedy estaba junto a él.

y no por un equipo. Manchester, a diferencia de Buchanan, Epstein o Lane no ofrece ninguna interpretación del asesinato. Desde este punto de vista, por otra parte fundamental, la obra no contiene nada nuevo. «He explorado —escribe— todos los acontecimientos que, desde ciertos aspectos, fueron las horas más extraordinarias de la historia del país. La comisión Warren se centró en el asesinato y yo en la presidencia». En el libro no se ofrece ninguna revelación sobre la pregunta ¿quién mató a Kennedy?, pero sí una novedad en el plano de la investigación: Manchester escribe que la acústica en el lugar donde fue asesinado el presidente es mala y, por tanto, resulta difícil localizar el origen de unos disparos. Sobre el importante punto de cuántos pudieron ser hechos en 4,6 segundos (tiempo admitido), Manchester escribe simplemente: «El autor, como la comisión Warren, no ha podido determinar cuántos disparos hubo». Señala, por otra parte, que en 4,6 segundos se podían hacer tres disparos. ¿Podemos preguntarnos hasta qué punto esta falta de interés por lo esencial no ha sido inspirada por los Kennedy? Después de todo, «Bobby» ha hecho el juego a la comisión Warren guardando un silencio más que prudente ante cualquier hipótesis no oficial.

una imagen

La creciente oposición de los Kennedy a Manchester se sitúa en dos planos distintos. Primero, el de las confidencias de la señora Kennedy. A los Kennedy no les gusta la manera sentimental con que Manchester contaba, cuenta, o ¿contará?, cómo Jacqueline estrujaba su pañuelo, por la noche, sola en su habitación de la Casa Blanca, y cómo puso una carta en el ataúd del presidente... De este modo, Manchester habría hecho también un uso abusivo de las cartas de Jacqueline a su marido. Pongamos un ejemplo del «mal gusto» y de la «falta de tacto»: Manchester explicó que Jacqueline puso un anillo en el dedo del presidente

muerto, y precisaba que la señora Kennedy había «usado vaselina». En una palabra, se trata de una «imagen» de Jacqueline Kennedy y de su intimidad con el muerto.

A través de este libro la figura del presidente Johnson aparece políticamente más desagradable. Para lectores iniciados, «Muerte de un presidente» presenta a Johnson en circunstancias penosas, no sabiendo reaccionar siempre con elegancia. Para otros, no se trata de un intento de demolición sistemático, pero sí de la restitución de un Johnson grosero, arrivista, que no comprendía la helada animosidad de los Kennedy hacia su persona.

Se evocan ciertos episodios dudosos: la descripción del Johnson «don nadie» antes del asesinato; la llegada al aeropuerto de Dallas, cuando los Kennedy se encuentran al clan Johnson disimulando difícilmente su satisfacción («Well, Kennedy ya no es presidente»); Johnson maniobrando para hacerse fotografiar y prestando juramento al lado de Jacqueline Kennedy; la llegada a Washington, cuando Kenny O'Donnell, amigo del presidente Kennedy, impidió salir a Johnson junto al ataúd, mientras un kennedysta insistía ante los reporteros: «Dejen bien claro que nosotros estábamos en la parte de atrás, con nuestro presidente». Estos detalles eran conocidos, pero ahora, bajo el «impresario» aparente de los Kennedy y, sobre todo, acumulados en el libro, pueden dar la impresión de que se busca el asesinato político de Johnson...

"no soy un lacayo"

El original definitivo para «Look» fue sometido a Bill Moyers, agregado de prensa de Johnson, que las devolvió sin comentario. Este verano, «Bobby» decidió que el libro fuera publicado en 1967 y no en 1969. Se hicieron muchas supresiones de acuerdo con Manchester y, finalmente, «Look» rechazó la concesión de un último derecho de revisión a los Kennedy. A «Bobby» no le interesaba el proceso, pero apoya a su cuñado. En el transcurso de

una conferencia de prensa, hace algunos días, Jacqueline declaró que «el libro contiene alusiones injustas acerca de otras personas» (léase Johnson), y que «los sentimientos míos y de mis hijos no me parecen indispensables para el restablecimiento de la verdad histórica».

Los Kennedy simulan querer proteger no solamente a Jacqueline, sino también a Johnson, cuando todo el mundo sabe que le detestan. Una parte del asunto tiene su origen en la tendencia de los Kennedy —y esto era cierto también para el difunto presidente— a conducirse como despotas ilustrados con los periodistas. En este sentido, un amigo común de Kennedy y de Manchester ha dicho: «El asunto podría haberse arreglado si Jacqueline hubiese sido más flexible», y Manchester ha declarado «no soy un lacayo». Ciertos observadores políticos opinan: «Robert puede simular que protege a Johnson dejando en el fondo que se ensucie, pues esto forma parte de la táctica que «Bobby» ha empleado siempre con él: dejar que se quemé en segundo, pero no en tercer grado. Si los kennedystas llegan demasiado lejos, los americanos tendrían la impresión de que Robert mancha la presidencia más allá de Johnson, lo que no sería rentable electoralmente».

Otros observadores sugieren que «los Kennedy quieren, posiblemente, que se inicie una nueva investigación». Por último, otros estiman que el libro de Manchester es un petardo que ha estallado entre las manos de todo el mundo (What a mess —«Menudo llo»— dijo recientemente «Bobby»).

De esta forma, las posibilidades de Robert Kennedy de acompañar a Johnson como vicepresidente en las elecciones de 1968 son más problemáticas que nunca. Pero entra dentro de lo posible que «Bobby», teniendo en cuenta la mala salud, la torpeza y el aislamiento creciente del presidente Johnson se decida a presentarse como candidato a la presidencia en 1968.

OLIVIER TODD

(Fotos CIFRA y ARCHIVO)